

Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, 29 (1999), pp. 292-307; Joseph RA-TZINGER - Vittorio MESSORI, *Informe sobre la fe*, Madrid, BAC, 1985; Kristina SIMON, “La audacia del ejemplo”, en *GVQ*, VIII, pp. 37-39.

Montserrat HERRERO

EL SALVADOR

1. El amor de san Josemaría a El Salvador.
2. Comienzo de la labor apostólica.
3. Impacto de la personalidad de san Josemaría en los salvadoreños.

La labor estable del Opus Dei en esa nación centroamericana se inició en 1958, pero estuvo precedida de años de preparación.

1. El amor de san Josemaría a El Salvador

San Josemaría nunca estuvo en El Salvador, pero antes de que allí comenzara la labor apostólica, conoció a algunas personas de ese país. La primera fecha de la que hay datos es del verano de 1929. Rafael Fernández Claros, joven sacerdote salvadoreño, celebró Misa en el Patronato de Enfermos de Madrid y conoció allí a san Josemaría. Después, “charlaron un rato. «Me bastaron unos momentos –dice el salvadoreño– para apreciar en todo su altísimo valor el tesoro de santidad que cuidadosamente guardaba aquella delicada alma sacerdotal». Esa intimidad se mantuvo viva durante años y engendró una vinculación de orden más elevado: «¿Cómo corresponderé, padre, a sus bondades?», le escribía don Rafael desde París, 4-XI-1929. «No de otra manera que aceptando –como la acepto– sin restricción alguna, su delicada propuesta de pacto espiritual sacerdotal»” (AVP, I, pp. 311-312).

Durante la Guerra Civil española, san Josemaría conoció al diplomático salvadoreño Pedro Jaime de Matheu Salazar y a su familia. De Matheu era Cónsul General Honorario de la República de Honduras,

en cuya residencia particular se refugió el fundador del Opus Dei. Fue para san Josemaría un periodo difícil e intenso en el que, a pesar de la dura situación de refugiado durante una etapa de guerra, supo mantener y difundir un ambiente de serenidad y de paz. La impresión que allí dejó la resume muy bien la esposa del Cónsul. “Doña Consuelo de Matheu, que conoció y trató al Fundador en circunstancias difíciles (...), cuando tan fácilmente se olvidan las convenciones sociales y los respetos humanos, dice: «Si tuviera que definir a don Josemaría lo haría diciendo que era un caballero»” (AVP, III, p. 409). Cuando san Josemaría, al salir de España llegó a Andorra, enseguida mostró su agradecimiento al señor De Matheu con una tarjeta en la que terminaba diciendo “Póngame a los pies de Mila y Consuelito. Le abraza Josemaría” (AVP, II, p. 216).

Tanto en su visita a México (1970) como en su visita a Guatemala (1975), coincidió con bastantes de sus hijos, cooperadores y amigos salvadoreños que acudieron para conocerle y demostrarle su afecto. Así, por ejemplo, en una tertulia general en la ESDAI –Escuela de Administración de Instituciones de la Universidad Panamericana– (México, 20-VI-1970), después de hablarle del amor a la Iglesia, al Papa y a la Obra, le dijo a una salvadoreña: “Sé lo bien que trabajáis ahí. Os quiero de modo especial y os bendigo especialmente” (AGP, serie A.4, t700620). Después, en otra reunión sólo con centroamericanas, añadió: “Yo amo mucho vuestros países. Tenemos que rezar para que no haya guerrillas, por la paz de Centroamérica ¡Qué alegría estar con vosotras! Yo os quiero mucho, necesito saber que me queréis” (AGP, serie A.4, t7006201).

2. Comienzo de la labor apostólica

Después de iniciarse la labor en Guatemala, el interés de san Josemaría por comenzar en El Salvador se plasma en la primera estancia de don Pedro Casciaro

(agosto de 1953), quien, nada más llegar a la capital, llamó por teléfono al ingeniero Roberto Simán, uno de los pocos salvadoreños que conocía. Roberto le invitó a almorzar con su familia y –en ese encuentro– su hermana Margoth quedó muy impresionada con don Pedro y con el panorama apostólico que presentaba para los cristianos corrientes. Roberto y sus amigos facilitaron el comienzo de la Obra en El Salvador. Margoth pidió la admisión en el Opus Dei en Madrid (12-III-1955).

El 8 de septiembre de 1958 llegó a San Salvador el sacerdote español José Reig, desde Guatemala, acompañado por don Antonio Rodríguez Pedrazuela –Vicario Regional–, el cuñado de Roberto Simán, Gabriel Siri, y uno de sus amigos, Federico Barillas. Unos días después (16-IX-1958) llegó otro sacerdote español, Antonio Linares. Ese mismo mes, Roberto, el 14, y su amigo Federico, el 24, pidieron formar parte del Opus Dei.

Don José y don Antonio comenzaron, como en otros países, sin medios económicos. Fueron conociendo amigos y alquilaron una casa en la avenida Doble Vía, 7, donde se instalaron el 2 de octubre de 1958. El 5 de agosto de 1959 llegó de Barcelona Luis Capdevila y el 12 de mayo de 1960, procedente de México D.F., Fernando Zúñiga, que sería el primer director de la Residencia para universitarios Doble Vía. El 12 de agosto de 1960 se incorporó al Opus Dei Rutilo Silvestri, que había conocido la Obra en México; poco después lo haría José Roberto Aguilar, que después sería ordenado sacerdote de la Prelatura. El 24 de octubre de 1962 comenzaron un club para estudiantes de colegios: el Club Sherpas. El 31 de diciembre de 1962 trasladaron Doble Vía y el Club a un edificio más grande, en el número 3031 de la misma avenida.

En 1960 ya se hacían viajes para iniciar la labor con mujeres. Concretamente venían de Guatemala María Emma Botero (colombiana) y María Elena Palarea (gua-

temalteca que provenía de su país). El 27 de diciembre de 1960 pidió la admisión Marta Mancía. A la incipiente labor acudían, entre otras, las señoras Mabel Bustamante de Aguilar y Ana Marina Escolán de Gasteazoro, que pidieron la admisión el 9 de marzo y el 17 de junio de 1961 respectivamente.

Después de dos años de viajes periódicos, el 25 de julio de 1962, María Emma y María Elena se instalaron definitivamente en el Centro Cultural Izamar, en el número 119 de la 17 Avenida Norte. Con ellas también vinieron Aurora Peiro (mexicana) y las guatemaltecas Sinda Cruz, Leo Alvizurez y María Emilia Hernández. Un mes después, el 30 de agosto de 1962, pidió la admisión Margarita Arévalo, amiga de Marta Mancía. La primera numeraria auxiliar, Milagro Aragón, pidió la admisión el 2 de octubre de 1963.

Después de la muerte de san Josemaría se han abierto en San Salvador dos Centros más para profesionales; se ha iniciado la labor estable de la Obra en Santa Ana y se hacen viajes periódicos a algunas ciudades más, como San Miguel y San Vicente.

3. Impacto de la personalidad de san Josemaría en los salvadoreños

Además del recuerdo que san Josemaría dejó en don Rafael Fernández Claros y en la familia de Pedro Jaime de Matheu Salazar, como ha quedado recogido al principio, y de los encuentros con san Josemaría en México y Guatemala ya mencionados, se puede subrayar, por su resonancia pública, el hecho de que Mons. Oscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador entre 1977 y 1980, conoció y apreció el espíritu del Opus Dei.

Desde la década de los sesenta, Mons. Romero mantuvo una estrecha amistad con don Juan Aznar y, luego, con don Fernando Sáenz –también sacerdote de la Obra–, que fueron sus directores es-

pirituales. Esa amistad duró hasta el mismo día de su asesinato el 24 de marzo de 1980, siendo arzobispo de San Salvador. Además, en 1970 Mons. Romero conoció y conversó en Roma con san Josemaría. “El Padre le atendió con gran afecto y puso los medios para que le ayudaran a descansar durante aquellos días romanos, porque conocía bien la situación de tensión que se vivía en El Salvador” (RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, 1999, p. 253). El 12 de julio de 1975 Mons. Romero escribió una carta al Papa pidiendo la beatificación y canonización de Mons. Escrivá de Balaguer. Allí decía que tuvo la dicha de conocerle personalmente: “y de recibir de él aliento y fortaleza para ser fiel a la doctrina inalterable de Cristo y para servir con afán apostólico a la Santa Iglesia Romana (...). Mons. Escrivá de Balaguer supo unir en su vida un diálogo continuo con el Señor y una gran humanidad: se notaba que era un hombre de Dios y su trato estaba lleno de delicadeza, cariño y buen humor. Son muchísimas las personas que desde el momento de su muerte, le están encomendando privadamente sus necesidades” (RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, 1999, pp. 253-254).

La personalidad de san Josemaría tiene en el país reconocimiento público. Una calle de San Salvador y una plaza de Santa Ana llevan su nombre. En esta última se erigió un monumento con su busto en bronce, inaugurado el 31 de mayo de 2008. La Dirección de Correos de El Salvador emitió en 2002 un boletín filatélico que incluía sobre y dos sellos conmemorativos del Centenario de su nacimiento.

Voces relacionadas: Guatemala.

Bibliografía: AVP I y II, *passim*; Antonio RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, *Un mar sin orillas. El trabajo del Opus Dei en Centroamérica. Recuerdos sobre los comienzos*, Madrid, Rialp, 1999.

Luis Miguel FERNÁNDEZ-CUERVO

ENFERMEDAD

1. La enfermedad, presente en la vida humana. 2. Identificación con Cristo. 3. Presencia de Cristo en el enfermo y valor de su sufrimiento. 4. El cuidado y atención de los enfermos. 5. Deber de cuidar la salud y de ser buenos enfermos. 6. Cristo vencedor de la enfermedad, del dolor y de la muerte.

La enfermedad, con la carga de dolor y sufrimiento que lleva consigo, constituye un fenómeno universal que acompaña al hombre a lo largo y ancho de su caminar terreno. Nadie escapa a su experiencia. Forma parte del vivir. San Josemaría la considera en todo momento desde una perspectiva cristiana, es decir, desde el amor de Dios manifestado en Cristo.

1. La enfermedad, presente en la vida humana

Al querer buscarle una explicación, lo primero que hay que hacer es descartar una idea, presente en muchas culturas antiguas, y que curiosamente todavía pervive en no pocas personas, según la cual la enfermedad es considerada como un castigo de Dios. Jesús de Nazaret se encargó de refutar ese planteamiento que valecía en muchos de sus contemporáneos, también en los Apóstoles. Ante la presencia de un ciego de nacimiento, cuando éstos le preguntan: “¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego”, Jesús responde: “Ni pecó éste ni sus padres, sino que eso ha ocurrido para que las obras de Dios se manifiesten en él” (cfr. Jn 9, 2-5). No estamos, pues, ante un castigo por los pecados personales, sino ante una realidad presente en la naturaleza y la historia humana después del pecado de nuestros primeros padres.

La enfermedad es una muestra de la fragilidad humana, es resultado ciertamente del hecho de que “nos hallamos aún en «nuestra morada terrena» (2 Co 5,1), sometidos a la enfermedad y a la muerte” (CCE, n. 1420). Efectivamente, la enfermedad es

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.